

Teatro UC

Jardín



PROGRAMA N°61

Jardín

DIRECCIÓN

Héctor Noguera

DRAMATURGIA

Emilia Noguera, basada en la novela de Pablo Simonetti

ELENCO

Blanca Mallo

Carmen Disa Gutiérrez

Francisca Imboden

Cristián Campos

Álvaro Espinoza

ASISTENTE DE DIRECCIÓN

Mauricio Díaz

DISEÑO ESCENOGRAFÍA E ILUMINACIÓN

Cristian Reyes

EFECTOS ESPECIALES

Francisco Lacalle

REALIZACIÓN ESCENOGRAFICA

Eduardo Gallagher, Claudio Viedma, Alejandro Núñez

SONIDO

Marco Díaz

ILUMINACIÓN

Juan Carlos Araya

DISEÑO DE VESTUARIO

Claudia Valiente

COMPOSICIÓN MUSICAL

Diego Noguera

COPRODUCCIÓN

Teatro UC , The Cow Company

Temporada Teatro UC del 21 de octubre al 3 de diciembre de 2016
Estrenada el 20 de octubre de 2016 en Teatro UC

CONTENIDOS, EDICIÓN Y DISEÑO PROGRAMA DE MEDIACIÓN

Departamento de Comunicaciones y Públicos Teatro UC:

Amalá Saint-Pierre, María Ignacia Goycoolea, Florencia Aguilera

Ilustración flores *Jardín*: José Pedro Godoy

Fotografías *Jardín*: Omar Van De Wyngard

PROGRAMA N° 61 JARDÍN

Este programa es concebido como una iniciativa de mediación en el marco del Programa de Formación de Audiencias del Teatro UC. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa del Teatro UC.

COPRODUCCIÓN

Teatro UC



OBRA AUSPICIADA POR

Lenovo

ORISIS
102.1 FM





EDITORIAL | Andrés Kalawski, Director artístico Teatro UC

En el siglo XVII se produjo en los Países Bajos una verdadera locura por las flores, en especial por los tulipanes. Un solo bulbo, la promesa de una flor, podía llegar a costar más que una tonelada de trigo o de mantequilla. Habitualmente se cita esta fiebre de tulipanes como ejemplo de comportamiento económico irracional, de burbuja absurda. Puede ser. Por otra parte, si vamos a ponerle precio a los lirios del campo, a la maravilla de una flor, bien vale ir a la banarrota.

Aunque lo que digo de los lirios del campo es engañoso. Son la imagen bíblica de lo espontáneo, de la vida sin aprehensiones, y las flores de los jardines no son eso. Son el resultado del amor y el trabajo. Hay que saber y trabajar mucho para crear un jardín. En parte por ese desfase entre el trabajo y la recompensa comparamos una y otra vez el cuidado de hijos y plantas, con una diferencia, por supuesto. No esperamos que las plantas sean libres, que elijan su propio camino, que se vayan lejos, que nos lleven la contra. Las familias son hermosas y terribles porque están siempre creando gente para, si todo sale bien, mandarla lejos, a crear otra familia, a ser adulto, a tomar decisiones que no hubieran sido las de la familia de la que viene.

En la obra *Jardín*, y antes en la novela, encontramos el dolor de perder lo que se ha conservado y trabajado durante tanto tiempo, el dolor de dejar las raíces, pero también el problema de las relaciones familiares que vuelven a la misma secuencia que nos sabemos demasiado bien. Tenemos muy claro cómo va a ser esa conversación que no queremos tener con nuestra hermana, madre, hijo. Y la tenemos. Y repetimos lo mismo. Y nos duele. Poca gente puede

irritarnos tanto porque poca gente nos importa así. Hace años escuché una entrevista a un escritor que trabajaba mucho con historias de su infancia y de sus ancestros. El periodista le preguntaba por sus raíces y el escritor decía que no entendía bien, que las personas no tenemos raíces, tenemos piernas y las piernas son para moverse. No renegaba de su origen, pero no estaba dispuesto a que lo amarraran.

En el teatro apelamos mucho a la tradición, elogiamos el oficio, creemos en la insistencia y en el origen, pero tenemos que cuidarnos del peligro de las raíces, de querer convertirnos en un jardín ordenado, sin posibilidad de movimiento. Una buena familia, así como cuida también deja crecer y transformarse a sus miembros. El teatro reúne gente dispersa y la revuelve, crea una familia temporal que se desarma, una manera de organizarse para dispersarse luego. Ojalá en esta obra encuentren no solo las flores que crecen en el escenario sino los injertos, los trasplantes, los acarreos, la tierra mojada y la confusión del cultivo. ■

A close-up portrait of Pablo Simonetti, a man with short, graying hair, wearing a blue denim shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression, his hands clasped together in front of his chin. The background is dark, and the lighting is dramatic, highlighting his face and hands.

EL JARDÍN ORQUESTADO DE SIMONETTI

Entrevista a Pablo Simonetti, novelista
Por Amalá Saint-Pierre

Por primera vez una novela del premiado escritor Pablo Simonetti es llevada a las tablas. Aquí, reflexiona sobre la diferencia entre teatro y narrativa a través de la metáfora musical.

Tu novela *Jardín* ha sido éxito de ventas y de crítica (fue elegida entre los cinco mejores libros del año 2014 por *El Mercurio*). ¿De qué manera una historia tan íntima puede provocar ese entusiasmo en los lectores? ¿Con qué crees tú que se identifican?

Me gustaría pensar que la manera en que la novela está escrita resultó atractiva para los lectores, las metáforas que se condensan, los momentos de emoción que se alcanzan. Ahora bien, este tipo de problemas -en que los hermanos tienen posiciones distintas acerca de un tema crucial- son comunes a todas las familias y, al mismo tiempo en literatura, la familia es un buen espejo de la sociedad que se busca representar. Creo también que la pérdida de pertenencia y el desarraigo es un sentimiento extendido, por eso la metáfora del jardín como espacio de identidad y de memoria le llegó a tanta gente. Todos queremos nuestro pequeño jardín para vivir en paz.

***Jardín* es uno de tus libros más personales donde cobra fuerza la revisión de la memoria a través de una autoficción. ¿Qué sensaciones te provoca verlo adaptado para el teatro de la mano de otra escritora?**

Para un escritor es siempre fuente de alegría que otro creador se interese por su obra. El traspaso de un libro a otros géneros es como un regalo inesperado, una promesa de nuevos lectores y audiencias. La adaptación que hizo la dramaturga Emilia Noguera me gustó mucho, porque sin faltar nunca al sentido profundo de la novela logró algo difícil de conseguir. Cuando la materia prima es una novela tan subjetiva como *Jardín*, se necesita de mucha sensibilidad para transformar la voz del narrador en escenas dramáticas intersubjetivas, para que así cada personaje se exprese desde su autonomía. Y hay un segundo logro: si bien la madre es central en la novela, en la obra adquiere toda la fuerza de una protagonista hacia la cual están orientadas las conciencias de los demás personajes.

¿Te atrae la idea de escribir teatro algún día?

Me encantaría escribir teatro, aunque no sé si podría hacerlo bien. Como arte, la dramaturgia tiene una cercanía evidente con la literatura, pero no es lo mismo. La escritura para el teatro es como componer música para una orquesta —en el caso de *Jardín* sería algo así como un conjunto de cuerdas—, las líneas de diálogo como notas en la partitura de cada uno de los actores intérpretes. Y no solo tiene que sonar bellamente, sino también tiene que desarrollar toda su fuerza dramática y su dimensión espacial. La narrativa tiene más de solista, si bien cuando escribimos diálogos queremos acercarnos a la tradición del teatro. ■

Pablo Simonetti es uno de los escritores chilenos actualmente más reconocidos. Ingeniero civil de profesión, es novelista desde 1996, columnista de opinión y activista por la diversidad sexual (fundador de la Fundación Iguales en 2011 y su presidente hasta el 2013). Comenzó escribiendo cuentos y novelas cortas, y en 2004 su novela y éxito de ventas *Madre que estás en los cielos* le abrió las puertas a la internacionalización de su carrera. Sus novelas posteriores *La razón de los amantes* (2007), *La barrera del pudor* (2009), *La soberbia juventud* (2013) y *Jardín* (2014) reciben los mismos elogios por parte de la crítica y de los lectores.

Sus novelas, calificadas como “autoficción” (mezcla de autobiografía y ficción), relatan momentos íntimos a partir de experiencias vividas. El caso de *Jardín*, su último libro, no es la excepción: su madre fue paisajista y Simonetti se refugiaba durante su niñez en el jardín de su casa.

DE NOVELA A TEATRO, LA METAMORFOSIS DE *JARDÍN*

Entrevista a Emilia Noguera, dramaturga

Por Amalá Saint-Pierre

La joven dramaturga Emilia Noguera -quien ya tiene siete obras estrenadas- habla del desafío de adaptar una novela para el teatro. Sus cuidados diálogos hacen de ella una de las dramaturgas más reconocidas de su generación.



Es la tercera vez que estrenas un texto de tu autoría en el Teatro UC y segunda vez que se trata de un proyecto a pedido por el teatro (anteriormente con la obra familiar *Los Alquimistas*). ¿Cómo te relacionas con este tipo de ejercicio escritural?

La verdad es que el "encargo" me parece un ejercicio sumamente interesante en tanto te obliga a modificar tu autoría según quién te pide el trabajo y qué es lo que éste necesita. Modificar la autoría no quiere decir anularla o traicionarla sino muy por el contrario; es desafiarla poniéndole obstáculos, condiciones y pies forzados que terminan haciéndola muchas veces incluso más fuerte porque te obliga a entrar en temas en los cuales uno quizás jamás hubiese entrado y abriéndote a nuevos mundos.

¿Habías tenido anteriormente la ocasión de adaptar una novela? ¿Cómo fue en este caso el proceso de escritura?

Nunca antes había adaptado una novela, es por eso que el proceso de escritura fue entretenido y muy interesante de descubrir, porque era todo nuevo para mí. Trabajar con un material como lo es una novela te entrega el tremendo desafío de someter la narración a acciones y diálogos dramáticos, y así lograr transformarlo en teatro. Para eso, nos juntamos tres veces con Pablo Simonetti: conocernos en primer lugar y luego hacerle escuchar los primeros bocetos mediante lecturas dramatizadas. Su nivel de generosidad y desapego (en el buen sentido de la palabra) ayudó mucho con el proceso, siempre dando muy buenos comentarios y mostrándose feliz y entusiasmado de que su novela se adaptara a teatro.

La novela describe sentimientos y reflexiones subjetivas, escritas en primera persona, casi sin recurrir a diálogos. ¿Cómo se lleva esa dimensión al texto dramático?

A pesar de que está escrita así, la novela entrega un montón de claves para lo que podría ser un diálogo entre los personajes. Lo más claro es que cada uno de ellos, aunque no sabemos cómo hablan porque casi no hay diálogos, está sumamente bien descrito,

por lo que uno puede fácilmente deducir su manera de hablar y de relacionarse. Pero sin duda fue una de las dificultades de la obra, aunque más que dificultad yo lo llamaría desafío.

¿Qué características propias de tu dramaturgia encontramos en esta adaptación?

Es difícil para uno saber cuáles son las mayores características de lo que uno escribe, pero creo que algo que describe mi dramaturgia hasta el momento son los diálogos. La obra es puro diálogo. No hay soliloquios ni reflexiones que no sean dialogadas. También se puede ver mi obsesión por transformar los textos en partituras, siempre marcando las pausas y los silencios cortos y largos.

Conoces el teatro tanto sobre como bajo el escenario: eres dramaturga, directora y actriz. ¿Influyen esos oficios a la hora de escribir?

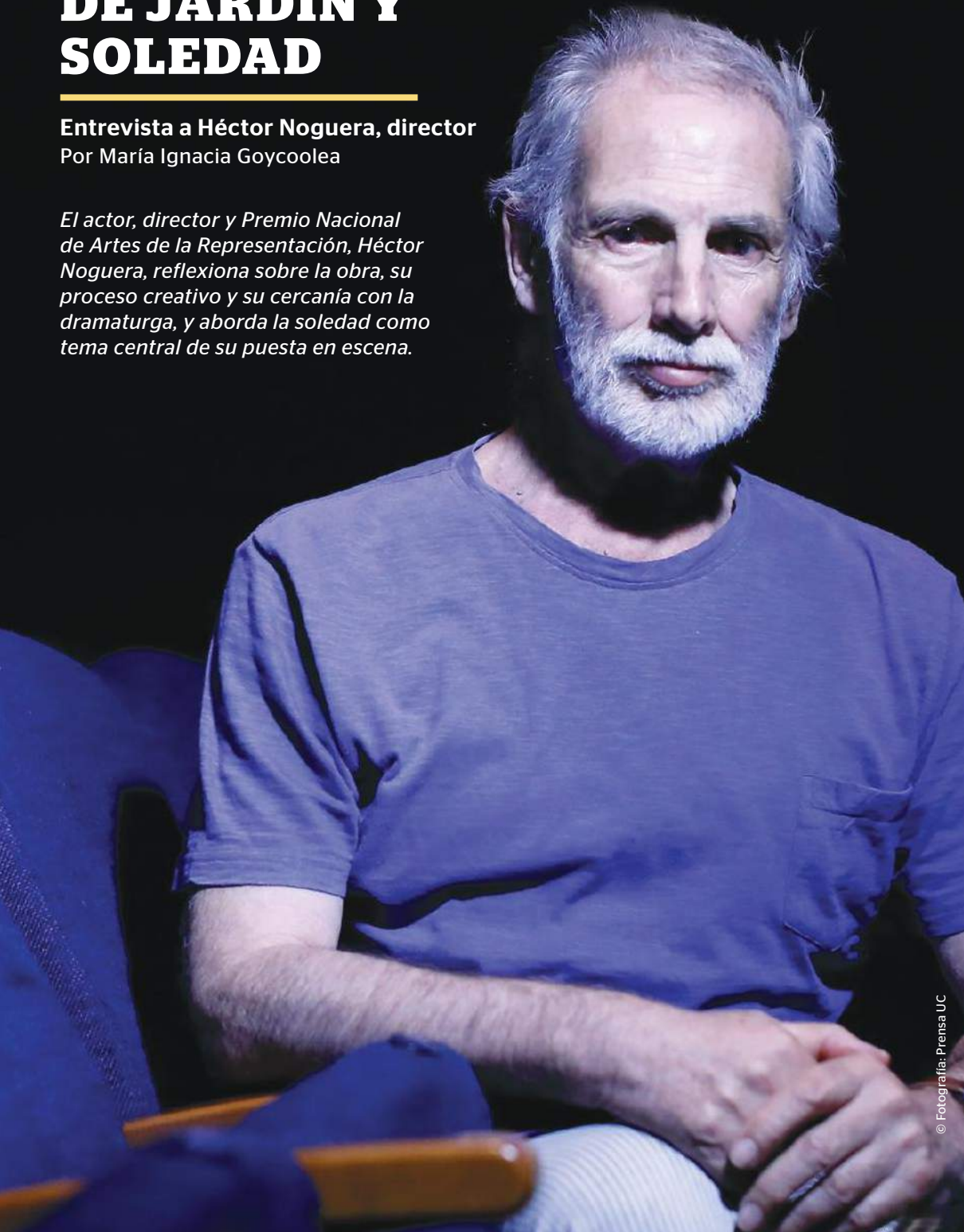
Pienso que cuando uno dirige aprende a actuar y que cuando uno actúa aprende a escribir y cuando uno escribe aprende a dirigir. Así es que sí, influyen muchísimo. Finalmente son diferentes maneras de hacer lo mismo: teatro. Solo que parada desde distintos lugares. ■

UNA HISTORIA DE JARDÍN Y SOLEDAD

Entrevista a Héctor Noguera, director

Por María Ignacia Goycoolea

El actor, director y Premio Nacional de Artes de la Representación, Héctor Noguera, reflexiona sobre la obra, su proceso creativo y su cercanía con la dramaturga, y aborda la soledad como tema central de su puesta en escena.



Antes de comenzar este proyecto, ¿qué cercanía tenías con la obra de Pablo Simonetti?

Desde luego es un autor muy conocido e importante y había leído sus novelas. Siempre me ha gustado mucho, así que cuando llegó esta oportunidad de que se juntaran ambos escritores me pareció una buena mezcla.

Jardín fue adaptada para el Teatro UC por tu hija y dramaturga Emilia Noguera. ¿Influye ese aspecto al momento de poner el texto en escena?

He actuado en algunas de sus obras, pero es la primera vez que dirijo un texto de ella. Influye en el sentido de que como conozco bien a mi hija, sé exactamente las motivaciones de todos los textos. Sé por qué están puestos, lo que quiere decir, a qué se refiere, de dónde sacó la referencia para esos diálogos, etc. Eso me lo da el conocimiento de ella y es, indudablemente, un apoyo muy grande para mí como director, porque ya conozco su mundo. Es como saltarse todo el estudio previo del texto.

La obra aborda varios temas como la vejez, el poder del dinero, las relaciones familiares y el apego del pasado, entre otros. ¿Cuáles son los aspectos que más te interesaron profundizar?

Lo que me parece más importante es el tema de la soledad del personaje central que es la madre. Llega un momento en que las personas tienen que tomar decisiones y a pesar de que parecen estar muy acompañadas, finalmente las toman solas y eso implica un grado de desamparo y de angustia muy grande. Y creo que eso es importante. Así como también lo injusto que es que cuando una persona ha vivido toda una vida y debiera tener a su alrededor todo aquello que le es grato, precisamente se le despoja de eso, se le despoja de su vida.

Como lo dice su título, el jardín es la piedra angular de esta historia. Desde tu perspectiva, ¿qué representa este jardín?

El jardín es la vida de la madre de esa familia, de esa casa. Ella vive a través de él, sus recuerdos están instalados desde la historia de este jardín. Esta es la historia de su vida y está conectada con el jardín. En la medida que éste florece, que vive, ella también vive.

¿Y luego?

Ella decide en un momento interrumpir este proceso.

¿En qué medida una historia tan íntima y personal del propio Simonetti puede hablarle al público de una manera transversal?

La dinámica de la familia es algo que atrapa a todo el mundo. No todas las familias son iguales, pero sí tienen elementos que les son propios y en los cuales todos nos reconocemos. Es una familia en la que, como ocurre generalmente, se arman pequeñas alianzas. Son tres hijos que giran alrededor de la madre -la matriarca- pero a veces se alían dos contra uno o van cambiando las alianzas. Y eso también es muy reconocible, no es solo algo propio del autor. Puede que sea apegado a algo que le pasó, pero es un ser humano al cual le pasan cosas que le suceden a muchos otros seres humanos.

Has elegido para este montaje un elenco de primer nivel. ¿Cuál es la fortaleza de este elenco?

Es un excelente elenco compuesto por Blanca Mallol, Carmen Disa Gutiérrez, Francisca Imboden, Cristián Campos y Álvaro Espinoza. Creo que cada uno calza muy bien con el papel que tiene la responsabilidad de interpretar. Además, trabajan con un entusiasmo enorme. Y hay algo que es muy importante: trabajan con mucha admiración por el texto, entonces eso es muy bueno para un director. Que ellos admiren el texto, sus personajes, que disfruten de las situaciones que están presentadas en el texto -todas las cuales devienen de la novela- pero que, de alguna manera, al pasar a la dramaturgia sufren variaciones.

¿Qué expectativas tienes del público?

Creo que el público lo va a seguir muy bien. Va a ser una obra muy atractiva de ver para la gente, por esta misma dinámica familiar entre los personajes. Visualmente también es muy interesante el trabajo que Cristián Reyes está haciendo con la escenografía de la obra. Y además, un elenco estupendo, un tema interesante, un autor importante. Tanto Simonetti como Emilia y el elenco son reconocidos en el medio. ■

JARDÍN

LA CONMOCIÓN DE LA VIDA MÍNIMA¹

**Por Milena Grass Kleiner,
docente Escuela de Teatro UC**

La investigadora teatral analiza la obra y enfatiza en la complejidad de las relaciones, entre tradición y modernidad.

¹ Este artículo es resultado del proyecto "Historia y memoria del teatro chileno reciente entre 1983-1995: análisis crítico de la construcción de un canon y sus exclusiones" (Fondecyt Regular n° 1141095).




Como ocurre en toda buena obra de teatro, las preguntas que plantea son múltiples. ¿Estamos frente a la desaparición progresiva de una forma de vida, de una manera de habitar la ciudad que es incompatible con un desarrollo inmobiliario regido por la oferta y la demanda? ¿O se trata de una reflexión sobre el odio arquetípico entre los hermanos, sobre esa complejidad de las relaciones familiares que se agudiza en ese momento tan difícil de adivinar cuando los hijos deben tomar las decisiones por sus padres? O bien, en un plano más personal, ¿es esta la forma, el medio que tiene un escritor para lidiar con sus fantasmas y superar sus culpas? Pero, ¿por qué elegir? El arte nos conmueve justamente porque nos implica emocionalmente en una serie de reflexiones complejas y simultáneas.

Jardín cuenta la historia de la venta de la casa familiar de doña Luisa, una viuda de setenta y tres años y ascendencia italiana que ha dedicado casi cinco décadas a cultivar la exquisita colección de plantas florales que rodean la casa. La tensión que hace avanzar la acción es vehiculada por la discordia entre sus dos hijos. Franco, el hijo del medio, “el que más parecido piensa a su papá”, ha recibido una nueva oferta por la casa familiar, más alta que ninguna de las anteriores, y teme que esta sea la última oportunidad de vender a un muy buen precio, antes de que el predio quede rodeado por nuevos edificios y su valor se desplome. Juan, el menor, el más parecido a su madre –“Tú heredaste todas mis cosas buenas y mis cosas malas”, le dice Doña Luisa-, y, por lo mismo, quien insiste en otorgarle a ella el poder último de decisión. La sucesión de las disputas entre los hermanos va dejando en evidencia la complejidad de las relaciones familiares; y en esto el autor es sutil porque lo que se presenta como pura competencia va desplegándose de tal modo durante la función que a los espectadores nos resulta cada vez más difícil tomar partido. Porque lo que está en juego aquí no es sólo una diferente valoración del dinero, sino ese sentimiento profundo de que los padres alguna vez favorecieron a un hijo en vez de al otro. Fabiola, la mayor, es una voz menor que intenta conciliar a sus hermanos, acompañar a su madre, criar a su hijo y defender a su marido de las rencillas domésticas, transita entre todos estos deberes sin satisfacerlos totalmente. Completa el grupo familiar,

Margarita, la tenaz empleada de la señora que tiene su misma edad, aunque se muestra más ágil. Su presencia es silenciosa y permite pensar en el concepto mismo de familia. Queda claro en *Jardín* ese desplazamiento subrepticio, encubierto que se va produciendo cuando los hijos se van, cuando los maridos mueren y queda la dueña de casa con su empleada de años, solas, en una resistencia cotidiana contra el avance tiempo que construye una estrecha complicidad. Poco a poco y en ese mundo al margen del tráfago diario del trabajo y la crianza de los hijos, viven las dos también un poco al margen del tiempo; recordando cómo eran las cosas antes, lo bien que sabía la palta “hilachua” del jardín; entendiéndose casi sin palabras. En esta nueva configuración del entorno familiar, doña Luisa y Margarita se adivinan, se protegen, y la empleada deviene una suerte de tutor en el rápido derrumbe de la señora de la casa. Porque, a diferencia de lo que ocurre con los hijos, la relación de ambas mujeres no está teñida por los reproches sobre las decisiones pasadas ni por las frustradas expectativas mutuas, esa relación es pura cotidianeidad mínima pero fundamental.


Organizada a través de un año que sigue el ciclo de las estaciones de las que depende el ciclo natural de las plantas, la obra avanza ominosamente bajo el manto de una tragedia que el público presiente ya en la primera escena. Porque el destino de doña Luisa está entramado con el de ese jardín que ha forjado en más de cuarenta años y que la sigue vinculando en el recuerdo a don César, su marido fallecido, cuyo fantasma incluso circula entre las azaleas, los rododendros y su camelia roja. Cuando se anuncia la venta de la casa, comprendemos, como no lo hace Franco, que el traslado a un departamento significa la muerte de su madre. Porque para doña Luisa, tal como para sus plantas, el desarraigo es literal; la falta de contacto con la tierra, con ese jardín que ha sido su gran proyecto, la debilitará irremediablemente, como ella misma anticipa al leer unos de sus libros de jardinería: “Las flores son la expresión más leve de una planta. Incluso las ramas más gruesas nos parecen gráciles al ser mecidas por el viento. Pero si desenterramos un arbusto o un árbol nos vemos enfrentados a su ineluctable pesadez. Nuestros ojos ya no se elevan esperanzados hacia las flores, sino que permanecen fijos en el compacto pan de tierra



y los desafíos que implica lidiar con su peso. Tal como una vida enraizada da lugar a recuerdos que iluminan la memoria, si llegara a ser desenterrada a la fuerza, terminaría por revelarse cavernosa y grávida”.

La potencia de esta puesta en escena tiene que ver con la buena pluma de la dupla Simonetti/Noguera, pero también nos conmueve porque se sitúa en el plano creativo de la autoficción, que Leonor Arfuch ha definido como “un relato que no se pretende “verídico” aunque lleve marcas de autenticidad” (p.165)². Pablo Simonetti ha entramado su producción literaria con su vida y se ha transformado en una figura pública de la lucha por los derechos de la diversidad sexual. Así, lo que los espectadores conocemos de su vida privada, viene a quebrar el marco dramático tradicional de la ficción y la cuarta pared, para traer a la experiencia teatral la referencialidad directa a la realidad. Como ocurre en la autoficción, *Jardín* es lo vivido y lo imaginado juntos; y esa oportunidad de atisbar en la vida mínima de los otros con la claridad que impone la organización estética, es lo que resulta tan conmovedor. ■

² Arfuch, Leonor. “Memoria y autobiografía”, en *Crítica Cultural entre Política y Poética*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2008.



ENVEJECIMIENTO Y EL VALOR DE LO SIMBÓLICO

Por Macarena Rojas,
directora Programa Adulto Mayor UC

La directora del Programa Adulto Mayor UC entrega interesantes luces sobre la vejez y cómo la sociedad se relaciona con ella desde el temor; transformándola en un tema tabú donde pareciera que los adultos mayores son invisibilizados, incluso por sus propias familias. Desde su lectura de Jardín, Macarena Rojas reflexiona sobre la dimensión subjetiva de la soledad en el adulto mayor y el valor de lo simbólico.

Hoy en Chile existen casi 3 millones de personas adultas mayores, aproximadamente un 16% de la población y son el grupo que más crece. Nuestro país está cambiando sin duda, en el corto plazo habrá más personas mayores de 60 años y más que niños y jóvenes menores de 14 –se estima que para el 2025. Esto es el “envejecimiento de la población”.

¿Conversamos con nuestros cercanos sobre cómo queremos envejecer? Seguramente muy pocos podríamos decir que sí. El temor a la vejez y a envejecer ha tenido como consecuencia nefasta que este tema se haya convertido en un tabú, del cual nadie quiere hablar, hasta que ya, por imperiosa necesidad, nos encontramos muy encima de los problemas, como ocurrió con la familia de la Sra. Luisa en la novela, y ahora obra, *Jardín*.

Cuando envejecemos nos enfrentamos a muchos cambios, sociales, biológicos, familiares y económicos, transformaciones que nos interpelan y nos obligan a mirar hacia nosotros mismos y redefinir o reconectar con nuestro proyecto de vida y, en ocasiones, redefinirlo recurriendo a aquello que nos da sentido. Esta etapa puede ser una muy provechosa oportunidad de desarrollar intereses y nuevos aspectos de nosotros mismos. Envejecemos día a día, envejecemos “a nuestro modo”, tal como hemos vivido.

De hecho, muy alejado de lo que usualmente creemos, la gran mayoría de los estudios sobre felicidad muestran que las personas mayores de 65 años son, en esta etapa, más felices que la población en edad adulta¹.

Esta obra nos plantea varias preguntas sobre el valor de lo simbólico, las transformaciones personales y familiares en la vejez: ¿cómo cambiamos nosotros mismos y la familia cuando envejecemos?, ¿cómo nos relacionamos con nuestros padres cuando son mayores? o ¿de qué forma podemos salvaguardar la autonomía de los mayores, aun cuando éstos estén gravemente enfermos o deteriorados?

La obra también instala el tema de la soledad: en nuestro país las redes familiares son un activo social presente, cerca del 80% de las personas mayores

¹ http://www.estebanvalvo.com/wp-content/uploads/2015/02/Calvo_2013_envejecimiento-positivo-PUC.pdf

² *Chile y sus mayores: Encuesta Nacional Calidad de Vida en la Vejez UC* – Caja Los Andes 2013

vive acompañado de su pareja o algún familiar²; eso sí, al igual que en países con un envejecimiento más avanzado, esta realidad está cambiando. Por lo que debemos poner la mirada no solo en la soledad concreta, sino en la dimensión subjetiva de la soledad, en la sensación de soledad. En inglés existe la palabra *loneliness* (sentirse solo) para diferenciarla de *alone* (estar solo físicamente). *Loneliness* alude al sentimiento de soledad, no a la ausencia de relaciones, sino que al sentimiento de insatisfacción que se experimenta con las relaciones sociales existentes. Se pueden vivir momentos de enorme soledad cuando, por ejemplo, las decisiones que se toman no reciben el apoyo de las personas que llamamos cercanas, por las que sentimos afecto. Por ello, reencantarse con uno mismo y con el propio proyecto de vida es fundamental.

De este modo, el valor de lo simbólico, de lo que hemos construido cobra especial relevancia. La vejez es una época de nuevas construcciones, pero sobre todo de cosecha... En la obra, Luisa y su jardín es una bella muestra de ello, cada planta de su jardín es un vehículo que la transporta a los más valiosos recuerdos de vida y, por sobre todo, cada componente del jardín es el fruto de su esfuerzo y, de algún modo, también del de toda la familia.

Jardín nos da la maravillosa posibilidad de conversar y pensar sobre la vejez, la propia y la de nuestros cercanos. Nos invita también a no invisibilizar esta etapa, a pensar y ojalá, conversar en familia sobre cómo nos gustaría ser apoyados cuando seamos mayores y cómo podemos apoyar a nuestros padres mayores, respetando su dignidad, sus derechos y, sobre todo, sus deseos. Nos llama a recordar el pacto entre generaciones, la solidaridad intergeneracional: este es el compromiso de vida, la sustentabilidad en el más amplio sentido de la palabra.

Muchas veces, el entorno cercano de las personas mayores puede llegar a confundir preocupación y cariño con sobreprotección, con disminuir al otro, con pérdida de autonomía. ¿Cómo respetamos la dignidad de las personas mayores y los apoyamos encontrando el justo equilibrio amoroso que permita que el otro mantenga su autonomía y sus propias decisiones?

Cuidar y apoyar no puede significar arrebatarles su propio poder de decisión. A ratos la obra nos mostró, con brutal franqueza, cómo en un diálogo familiar podemos llegar a olvidar que nuestros padres mayores están ahí presentes. ■

MI JARDÍN



Por Verónica Poblete,
botánica y paisajista

La botánica y paisajista Verónica Poblete relata, desde su propio sentir, la conexión esencial que se genera entre el cuidado de las plantas y lo femenino.

Desde mi ventana miro el limonero que planté cuando mis niños eran chicos; hoy ellos son adultos y hace años volaron hacia sus propias vidas dejando en mi corazón el nido de ramitas y plumas que ocuparon junto a mí. El limonero en cambio, cada año florece perfumando con sus azahares el aire que respiro y luego se inunda de dorados limones tan sabrosos y aromáticos como la primera vez que floreció. Es más, en lugar de envejecer o de partir de mi lado, está cada año más hermoso y sus flores tienen la tersura y la belleza que las ornaron hace tantos, tantos años cuando recién excavé la tierra para albergarlo en mi hogar.

Poco a poco fui plantando árboles y plantas en mi jardín. No hubo profesionales encargados, tampoco flores exóticas ni grandes inversiones sino tan solo una familia que nacía y una mujer agachada sobre la tierra escribiendo la historia de su vida.

Podría haber sido una campesina educada por el ritmo de la luna y el sol junto a los secretos de la tierra y sus creaturas; o bien una doctora conocedora de los misterios del cuerpo humano y

la salud o quizás, una prostituta del puerto amante de los marineros quienes pululaban por estas costas en aquel tiempo. La primera habría sembrado maíces, papas, criado llamas...haciendo de la tierra su fuente de sustento. La doctora en cambio habría creado una maravilla estética y de seguro, hubiese plantado algunas refinadas plantas medicinales. Y la prostituta habría colocado antiguas bacinicas y otros tientos perforados por el óxido y el uso en su única ventana, donde florecerían hierbas y sencillas florcitas de temporada.

Todas las mujeres a lo largo de los siglos han plantado jardines y lo seguirán haciendo pues eso está inscrito en los hábitos femeninos como lo está el cuidar de la belleza personal o del brillo de los cabellos. Por cierto, en la actualidad las féminas urbanas parecen muy lejos de los jardines y sus ocultos saberes. Sin embargo, en la profundidad de lo femenino cuyos ejes yacen en los placeres del amor y las alegrías de la maternidad (por más que se empeñen en negarlo en nuestros elaborados y tecnificados días) lo esencial nace y renace cuando menos nos imaginamos.

Teatro UC

Decano Facultad de Artes

Luis Prato

Director Escuela de Teatro

Alexei Vergara

Directora Ejecutiva Teatro UC | Verónica Tapia

Director Artístico Teatro UC | Andrés Kalawski

Productor Ejecutivo David Meneses · **Productor artístico** Javier Ubilla · **Encargada Comunicaciones y Públicos** Amalá Saint-Pierre · **Adjunto de Comunicaciones y Públicos** María Ignacia Goycoolea · **Prensa** Constanza Flores y Rafaela Merino-Bianchi · **Diseño Gráfico** Florencia Aguilera · **Administradora de Sala y Gestión de Públicos** Marcela Rivera · **Jefe Técnico** Francisco Lacalle · **Operador Técnico** Pablo Jorquera · **Realizadores Escenográficos** Eduardo Gallagher, Claudio Viedma, Alejandro Núñez · **Sonido** Marco Díaz · **Iluminación** Juan Carlos Araya, Pablo Sáez · **Realización Vestuario** Sergio Aravena · **Boletería** Viviana González y Lucía Castillo · **Encargado de Promoción y Ventas** Mario Contreras, Raúl Pacheco · **Asistente de Administración** Francisco Jorquera · y Héctor Ibarra · **Jefe de Administración y Finanzas** Luis Coloma · **Aseo** Ana Cid, Natalia Torres · **Secretaria** Verónica Vergara

Contenidos programa de mediación

Departamento de Comunicaciones y Públicos Teatro UC

Ilustración flores Jardín José Pedro Godoy

Fotografías Jardín Omar Van De Wyngard

Venta de funciones a instituciones educativas y empresas:

Mario Contreras: mcontree@uc.cl, 22 354 5106

TEATROUC.CL



JORGE WASHINGTON 26 • PLAZA ÑUÑO A • INFORMACIONES 22 205 5652

AUSPICIADOR TEATRO UC



MEDIA PARTNER



COLABORA



PATROCINA

